



¡Habla, memoria! (pero sin engañar)

Por Carles Geli (El País, 27 noviembre 2012)

A lo mejor, nuestra vida no es nuestra sino la historia que acabamos explicando de ella, algo relatado más pensando en nosotros mismos que en los demás; quizá pasamos por ella solo sumando o restando, sin ton ni son, nunca multiplicando; y el resultado de todo ello suele acabar siendo que hay un abismo entre lo que queríamos ser, lo que soñamos, y lo que acabamos siendo... o provocando en los demás. Parte de culpa de esta situación la tiene la memoria, una facultad en realidad limitada a impresiones, seguramente a lo máximo que podemos aspirar...

Todo eso piensa o acaba deduciendo el resignado Tony, alguien que, admite, "me había conformado con dejarme vivir", hasta que un episodio del pasado vinculado a un compañero de su pandilla de instituto remueve las condescendientes aguas de su memoria. Tony, en el fondo, no deja de ser el ventrílocuo de las reflexiones (¿quizá estado de ánimo?) del gran Julian Barnes en su última (undécima) novela de pinceladas autobiográficas, *El sentido de un final* (Anagrama; edición en catalán de Angle); como es deducible, tan bella y densa como breve novela que, merecidamente, obtuvo el codiciado Premio Man Booker.



Barnes (Leicester, Inglaterra, 1946) admite que esta es de las pocas obras, junto a *Nada que temer*, en la que ha dejado algún jirón de piel. "Todo empezó con una discusión larga, por correo electrónico, entre mi hermano, filósofo afincado en Francia, y yo sobre la memoria: él cree que los recuerdos son mayormente falsos, construcciones; yo defendía que eran verdaderos, fiables; tras escribir el libro y hablar con él he dudado de la memoria; y sobre ello reflexiona el protagonista, ya en los 60 años, de transcurrir tranquilo, para quizá concluir eso, que nuestra vida no es nuestra vida sino la historia que hemos explicado sobre ella; sí, cada vez más desconfío de mi memoria".

El otro anclaje vital de la obra es un joven que Barnes conoció de estudiante, inteligentísimo como su apellido, Brilliant, al que perdió el rastro. "Imaginé muchas veces cómo debía ser su vida y cuando tuve 50 años me encontré con un conocido común y le pregunté por él y me dijo que se había suicidado; yo me había estado imaginando la vida de alguien que llevaba muerto hacía 25 años".

Sobre esas dos premisas, Barnes, cara un poco triste pero irónico y afable en su paso por Barcelona, donde ayer intervino en el ciclo *Converses a La Pedrera*, trenza una historia donde reivindica la memoria y la responsabilidad de los actos de uno en la vida, francamente dos valores a la baja. "Sí, demasiado a la baja; el tema de la responsabilidad me inquieta: pasamos por la vida de una persona a otra, de una cosa a otra y de un acontecimiento a otro, creyendo construir una vida coherente, acumulando material como una barrera de coral; pero a veces ocurre algo que hace que nos replanteemos las cosas y eso nos hace ver que no acabamos de entender nuestros actos y, en consecuencia, acabamos por no asumir ni entender nuestras responsabilidades".

Si bien admite que *El sentido de un final* tuvo unos inicios que por personajes y temática podían haberla llevado a ser una secuela de su primera novela, *Metrolandia*, desmiente categóricamente que sea su respuesta a la mirada de la revolución sexual de los años sesenta que ya han reflejado sus dos colegas de escuadra literaria, Martin Amis e Ian McEwan. "La mayoría de la gente no vivió los años sesenta, aquel lema de sexo, drogas y rock & roll, hasta bien entrados los setenta; de hecho, la gente de los sesenta vivía como en los cincuenta", admite un hombre no especialmente obsesionado con la muerte, espectro en cambio asiduo en la obra. "Forma parte inevitable del contrato que hacemos al nacer, pero que no queremos ver", dice el autor de *El loro de Flaubert*, autor que le sirve para abordar el tema del independentismo. "El mejor momento de la historia es cuando todo se colapsa porque significa que algo nuevo está a punto de nacer", decía... En Escocia vivimos algo parecido; yo no creo en la virtud eterna e inmutable de los Estados; si la mayoría de la gente lo quiere, me parece bien, pero sí fijaría una votación en la que la independencia se impusiera por dos tercios de los votos y para ratificarlo haría dos convocatorias distintas en cinco años para huir del cortoplacismo interesado de los políticos".

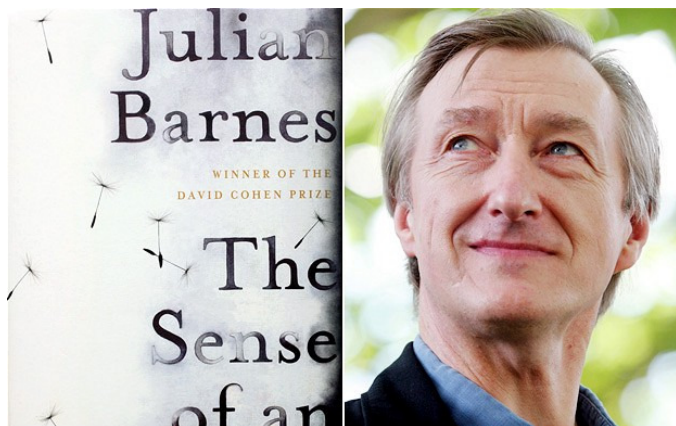


Barnes, previsor, más partidario de Edith Warton que de Henry James, tenía preparada esa cita de Flaubert, que ha utilizado en un libro que tiene, en otro nivel de lectura, esa dislocación entre lo que queremos ser y lo que acabamos siendo. ¿Consiguió saltarla él? “En la novela, hay un abismo entre lo que los personajes han sido y lo que habían soñado; en cuanto a mí, si, como escritor, hace 25 años me hubieran preguntado si creería que estaría aquí con toda la obra hecha, diría que he superado mis expectativas; sobre las personales, ha sido quizá mucho más intenso, pero corramos un tupido velo”.

«Cada vez desconfío más de la memoria»

Por José Oliva (Diario de León, 2 diciembre 2012)

El escritor británico Julian Barnes, último premio Man Booker por su novela *El sentido de un final*, destaca que conforme va madurando, desconfía cada vez más de la memoria. *El sentido de un final* (Anagrama/Angle) narra la relación que mantienen Tony Webster y su pandilla, a los que luego se sumó Adrian, desde la adolescencia y su promesa de que se confiarían una amistad eterna.



La mirada de Barnes conduce al lector hacia el pasado de ese grupo de amigos y a un misterioso diario de uno de ellos. Esta historia tiene algo que ver con su pasado de estudiante. «Éramos un grupo de amigos, todos en un colegio masculino, como sucedía en todos los institutos de los años 50, que dejamos de vernos al comenzar la universidad, y uno de ellos, Brilliant, era un gran tipo y muy inteligente. Durante muchos años imaginé cómo había seguido su vida hasta que en una ocasión me crucé con uno de mis compañeros en el metro y me dijo que se había suicidado veinte años atrás», ha rememorado.

Barnes se había pasado 20 años «imaginando la vida de aquel antiguo compañero, y resulta que llevaba 20 años muerto porque se había suicidado», repite con asombro. El autor de *El loro de Flaubert* confiesa: «a medida que me hago más mayor, desconfío cada vez más de los recuerdos y de la memoria, y la novela discurre de manera paralela a esa evolución». El protagonista, señala el autor, piensa que recuerda su vida con toda exactitud, pero en realidad, como apunta Barnes, «nuestra vida no es nuestra vida sino la historia que nos hemos explicado a nosotros mismos».

Preguntado por los orígenes de la novela, Barnes, en un ejercicio de amnesia literaria, responde que resulta difícil rastrear el principio de la novela, pero ofrece alguna pista: «mientras escribía este libro tuve muchos intercambios de impresiones con mi hermano, un filósofo que vive en Francia, especializado en Aristóteles y los presocráticos». En un primer momento, el filósofo sostenía que los recuerdos que tenemos son falsos, mientras que el escritor opinaba todo lo contrario, y de ese intercambio dialéctico «surgieron muchas ideas y reflexiones sobre el tiempo y sobre los recuerdos».

El sentido de un final pretende ser, por tanto, «un pequeño homenaje» a su hermano, quien le dijo que «en el caso de que los recuerdos de ambos no coincidan, utiliza los tuyos, que seguro que serán —aseguró— más precisos». Después de escribir la novela, Barnes piensa que la situación es peor que antes, porque ni su hermano ni él tienen la memoria intacta y quizá por esa razón Julian se dedica a escribir ficción y prefiere no hacer una autobiografía novelada.

La responsabilidad es uno de los temas que atraviesa la novela con una importancia creciente: «Pasamos en la vida de una cosa a otra, construyendo una vida más o menos coherente y creemos que sabemos lo que hemos hecho, nuestros errores, nuestros fracasos, nuestros aciertos, pero a veces una experiencia inesperada como la que vive el protagonista lo cambia todo». Y puestos a complicarlo, Barnes agrega que «muchas veces no acabamos de entender cuáles son las consecuencias de nuestros actos hasta que es demasiado tarde y no podemos hacer ya nada». Acepta que se pueda ver en *El sentido de un final* una cierta reflexión generacional sobre la revolución sexual de los años 60, como ya hicieron Ian McEwan o Martin Amis, pero prefiere ofrecer un matiz diferenciador: «La mayoría de la gente no vivió los años 60,

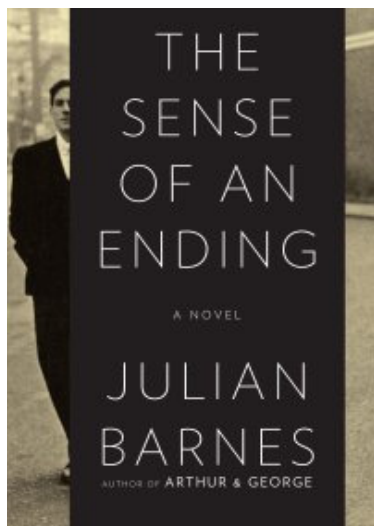


aquel lema de sexo, drogas y rock & roll, hasta bien entrados los 70, y, de hecho, la gente de los 60 vivía como en los 50», dice.

En su novela también aborda la cuestión de la muerte, un tema que le interesa como escritor, no como ser humano, y del que curiosamente, apunta, se habla y se escribe menos que hace cincuenta o cien años. «Ahora no vemos la muerte como una parte del contrato que firmamos al nacer y tendemos a identificarla con la enfermedad, con ingresar en un hospital».

Cuando se le insinúa si ha dejado a su amado Flaubert para entregarse a los brazos de Henry James, Barnes comenta que «James no fue nunca grande» en su «panteón de escritores preferidos, si acaso algunos de sus relatos, pero tiene una prosa a veces complicada» y en cambio se sitúa más cerca de Edith Warthon. El sentido de un final tiene en cierto sentido relación con la primera novela de Barnes, *Metrolandia* y, de hecho, el propio autor ha comentado que al principio se planteó escribir una secuela de la primera, pero «en seguida» encontró «dificultades» y decidió finalmente que fuera una novela «independiente».

Reseña de Darío Villanueva Revista El Cultural (30 noviembre 2012)



La última novela de Julian Barnes, merecedora del Man Booker Prize, encierra en su título todo un homenaje al crítico literario inglés Frank Kermode. En 1965 publicó precisamente su obra más famosa, *The Sense of an Ending*, una serie de estudios sobre teoría de la ficción donde trata, entre otros aspectos, de cómo los novelistas se sirven con mayor o menor tino de las peripecias, definidas por Aristóteles como un cambio brusco e inesperado, para bien o para mal, en la suerte de los personajes.

Por los años en que Kermode deslumbraba con sus indagaciones sobre el sentido de un final nos dejaban definitivamente Richmal Crompton y Enid Blyton, que hacía un cuarto de siglo dominaban como nadie, en el Reino Unido y en ultramar, la novela de adolescentes. Fuimos muchos los que, como probablemente también el propio Barnes, cultivamos aquella y estas lecturas, y no se me tome esta referencia cruzada como maliciosa, pues al fin y al cabo admirados escritores de más o menos la misma quinta como Fernando Savater o Javier Marías reconocieron pareja debilidad (por las dos damas, que no por Kermode).

El sentido de un final se nutre considerablemente de ambos ingredientes. De las peripecias, por supuesto, hasta extremos que una reseña razonable como pretende ser esta no debe desvelar. No creo, sin embargo, transgredir ninguna norma si menciono como desencadenante de la acción el suicidio a los 22 años de su edad, recién concluida la carrera en Cambridge, de uno de los personajes principales, Adrian. Formaba parte, dicho sea de paso, de un grupo juvenil que nos recuerda en parte a los “proscritos” de William Brown o “los cinco” de Blyton.

Aquí son cuatro, si sumamos al citado -el más inteligente de todos- a Colin y Alex, menos relevantes, y al auténtico protagonista y narrador, Tony Webster, que deberá contentarse con estudiar Historia en Bristol. Barnes vuelve por donde solía, si recordamos su primera novela de 1980, *Metrolandia*, protagonizada por otros dos desenfadados adolescentes. Algunas de las mejores páginas de *El sentido de un final* son las que, en su primera parte, narran los avatares escolares del grupo, casi todas travesuras incipientemente intelectuales de las que son víctimas sus profesores de historia o de literatura.

La segunda parte nos lleva cuarenta años adelante. Tony está ya jubilado y divorciado de su esposa Margaret, que sigue siendo sin embargo su confidente. No descubriremos tampoco las peripecias que se encadenan ahora, a raíz de aquel suicidio, pero como índice de la previsibilidad con que el novelista ha concebido su obra baste mencionar otro artificio, el de un diario de Adrian no tanto encontrado cuanto legado a Toni por Sarah Ford, la madre de la que había sido su



primera novia, Verónica, y luego esposa de su malogrado amigo. Del manuscrito, el narrador solo recibe un fragmento trunco que termina precisamente con el comienzo de una frase que se refiere a él.

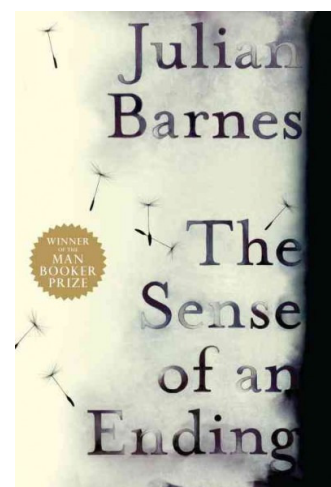
Una carta escrita a Adrian por Toni totalmente olvidada por él aporta las páginas más brillantes de esta escueta novela. En su segunda parte lo mejor son las digresiones de filosofía doméstica, pero no por ello banal, con que el “calvo setentón” que narra recuerda su vida como el “quinceañero velludo y lleno de granos” que había sido en los años 60 cuando “las cosas eran más sencillas: había menos dinero, no existían aparatos electrónicos, la tiranía de la moda era ligera, no había novias” (pág. 17). La narración está empedrada de apóstrofes a los lectores, para reclamar casi siempre la complicidad de quienes podemos tener idéntica nostalgia de aquella década luminosa. Toni intenta empatizarnos por su aceptación pacífica de la medianía que ha sido y de la admiración que le mereciera siempre Adrian por “la claridad de su vida” (pág. 132).

De todos modos, el premio obtenido por *El sentido de un final* ha suscitado ditirambos en inglés que me parecen desorbitados. La novela, amén de su previsibilidad antes apuntada y lo peregrino de las peripecias que no hemos descrito, peca de esquemática. Verónica, que es el auténtico catalizador de la trama, no está suficientemente elaborada, de modo que hay que creer su perniciosidad porque el narrador nos lo dice, no porque los lectores tengamos tiempo y modo de apreciarla. Y me cuesta creer que, como Barnes ha respondido en cierta entrevista, varios lectores hayan compensado su corta extensión leyéndola dos veces consecutivas.

Una gran incomodidad
 Por Nicolás Poblete
 (Revista Cultural Intemperie [Chile])

Hace solo unos meses se editó el volumen de cuentos Pulso. Ahora esperamos la traducción de la última novela de Julian Barnes, quien obtuvo el premio Booker por *The Sense of an Ending*: “El sentido de un final”, sería una traducción aproximada, que probablemente estará a cargo de Anagrama, que ha publicado buena parte de la obra del inglés.

El autor de *El Loro de Flaubert*, *Inglaterra*, *Inglaterra* y *Arthur y George*, entre otros, toma en su última entrega a Tony Webster, quien a sus 65 años mira de modo retrospectivo su vida. Tony es un tipo que raya en la dejación y la mediocridad. Ultra perfil bajo y cómodo con su entorno, Tony se conforma con pequeños placeres. Su ex esposa, con quien comparte almuerzos ocasionales y conversaciones superficialmente íntimas, parece ser su único vínculo afectivo. Pero lo que hay detrás de este escenario de pulcritud y tranquilidad es un tremendo resentimiento: Adrian, un ex compañero de colegio, quien se ha suicidado años atrás, le ha dejado a él un diario personal. Tony siente un remordimiento atroz, pues por esos años envió una feroz carta a su ex novia, quien lo reemplazó por Adrian, condenando a ambos con crueles maldiciones e hirientes deseos.



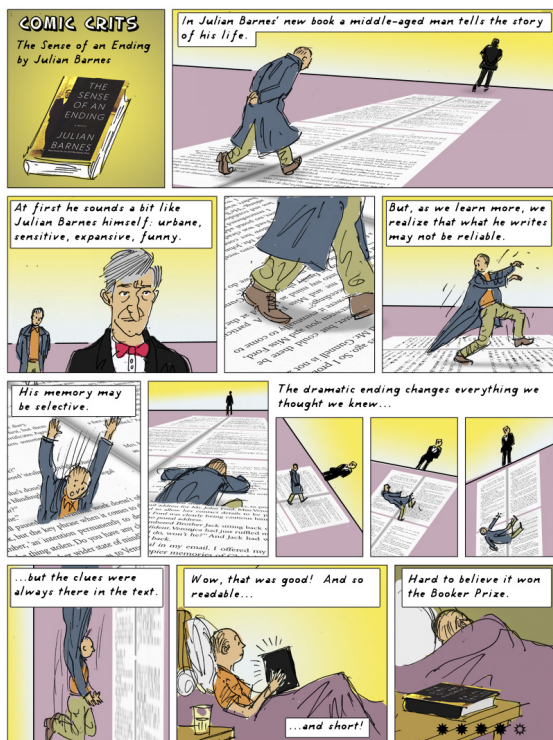
La breve novela consigue hacer un trayecto que va desde la juventud atrevida y llena de astucias e irreverencias, hasta una adultez cuasi cínica y agnóstica. Con la edad, Tony se da cuenta de cuán poco ha influido en su propia vida, y se pregunta si su vida es un avance, un progreso, o una mera acumulación. Hay en estas páginas reflexiones del siguiente tipo: “Todos sufrimos algún daño, de uno u otro modo... Algunos admiten el daño y tratan de mitigarlo; algunos pasan sus vidas tratando de ayudar a otros que están dañados; y luego están aquellos cuya mayor preocupación es evitar más daño, a cualquier costo. Y éstos son los implacables, y de los que hay que tener cuidado”. Y agrega: “Y eso es una vida, ¿no es verdad? Algunos logros y algunas decepciones”.

Con un estilo con ribetes ensayísticos, el narrador nos hace partícipe de sus temores e impresiones, a medida que envejece: “¿Sabes lo que temo? Ser una persona mayor en un hospital y tener enfermeras a las que nunca he visto llamándome Anthony o, peor, Tony”. O: “Me sorprende que ésta puede ser una de las diferencias entre la juventud y la



Tertulias Literarias

vejez: cuando somos jóvenes, inventamos diferentes futuros para nosotros mismos; cuando somos viejos, inventamos diferentes pasados para otros”.



Como vemos, esta novela dedica varias páginas a reflexiones sobre el pasado, el futuro, las acciones que uno protagoniza, las decisiones que uno no toma. Tony reconoce que es posible ser nostálgicos sobre penas recordadas, así como placeres recordados. Pero lo que lo perturba es la sensación de no poder ser coherentes o no poder tener un punto de apoyo respecto a nuestra propia posición vital: “¿Cuán a menudo contamos nuestra propia historia? ¿Cuán a menudo ajustamos, embellecemos, hacemos cortes astutos? Y mientras más avanza esa vida, menos son los que quedan alrededor nuestro para desafiar nuestro recuento, para recordarnos que nuestra vida no es nuestra vida, sino meramente la historia que hemos contado respecto de nuestra vida. Contada a otros, pero —principalmente— a nosotros mismos”.

El sentido de un término, de un final es, naturalmente, la sensación del protagonista de estar llegando a un punto álgido en su propia vida, y de su impotencia ante la imposibilidad de enmendar los hechos pasados: “Pensé... que podía volver al inicio y cambiar las cosas. Que podía hacer que la sangre retrocediera en su flujo”. Esta trayectoria personal encuentra su correlato en el peso y la preocupación que se derivan de la Historia, con H mayúscula. Reflexiona:

“Alguien una vez dijo que su momento favorito de la historia eran aquellos en los que las cosas estaban colapsando, porque eso significaba que algo nuevo estaba naciendo”. Respecto a la Historia, Tony recuerda un cándido intercambio con un profesor, al cual le había dicho que la historia eran las mentiras de los vencedores. Y el profesor le había respondido: “Siempre y cuando recuerde que también son los auto-engaños de los perdedores”. Y, se pregunta, ya como adulto mayor: “¿Recordamos eso lo suficiente cuando se trata de nuestras vidas privadas?”.

Después de una resolución que no descubriré aquí (verdaderamente ingeniosa y totalmente convincente), Tony se pregunta: “¿Qué sabía yo de la vida? ¿Yo, que había vivido tan cuidadosamente? Quien no había ganado ni perdido, sino quien solo permitió que la vida le pasara?... ¿Quien evitó ser herido y lo llamó una capacidad para sobrevivir?”. Las últimas palabras de esta breve novela están lejos de representar un consuelo: “Hay acumulación. Hay responsabilidad. Y, más allá de éstas, hay incomodidad. Hay una gran incomodidad”.

Fontes:

http://ccaa.elpais.com/ccaa/2012/11/26/catalunya/1353963680_899265.html

http://www.elcultural.es/version_papel/LETRAS/31900/El_sentido_de_un_final

<http://www.diariodeleon.es/noticias/filandon/cada-vez-desconfio-mas-de-memoria-748024.html>

<http://www.revistaintemperie.cl/index.php/2012/01/10/the-sense-of-an-ending-julian-barnes/>

Máis información:

<http://www.abc.es/cultura/libros/20121127/abci-julian-barnes-tener-sexo-201211261836.html> (Entrevista en ABC)

Biblioteca Central Rialda

Avenida Rosalía de Castro 227 A

15172 – Perillo (Oleiros)

Tfno.: 981 639 511

Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org

Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>